

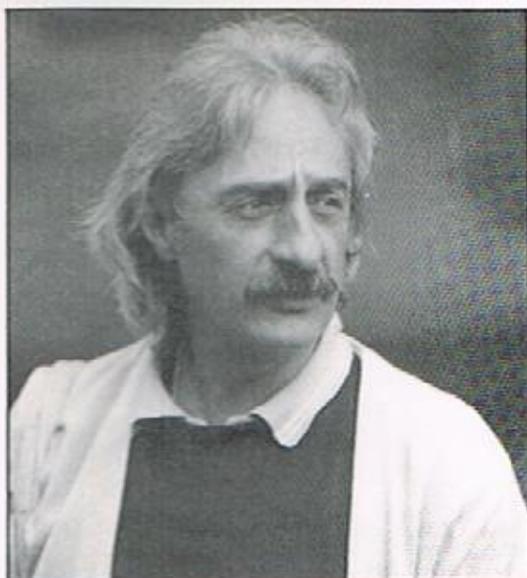
ALFREDO MOLANO

AGUAS ARRIBA

Entre la coca y el oro

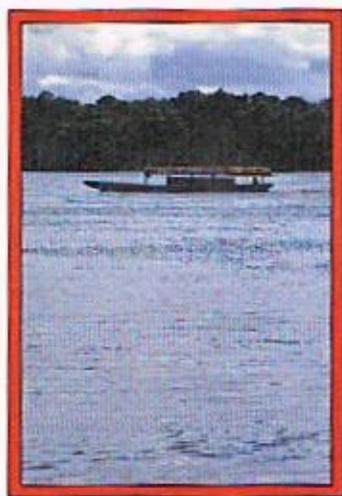
Prólogo de Jorge Orlando Melo

EL ÁNCORA EDITORES



Fotografía: Juan Mayr

Alfredo Molano nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la Ecole Pratique de Hautes Etudes de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco*, *Cromos*, *Alternativa*, *Semana* y *Economía Colombiana*; autor de numerosos trabajos de investigación, aparecidos en diferentes medios, y consultor de muchísimos proyectos técnicos de impacto ambiental, rehabilitación y desarrollo rural. Entre sus publicaciones más recientes están *Los años del tropel: relatos de la Violencia* (Cerec, 1985), *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare* (El Ancora Editores, 1987) y *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (El Ancora Editores, 1989).



Esta obra de Alfredo Molano nos sigue dibujando, con sus peculiares procedimientos literarios, la historia de esas zonas de violencia y esperanza en que se han convertido las áreas de colonización en Colombia. Se trata de historias de frontera, como fueron historias de frontera las incluidas en *Siguiendo el corte* o *Selva adentro*: de ese mundo en el que se concentra el futuro imaginario e ilusorio de quienes no encuentran sitio dentro del país convencional. Un mundo en buena parte sin Estado, sin sistemas judiciales definidos, donde las normas de convivencia se imponen o espontáneamente o por la fuerza. Al mismo tiempo, un mundo de una vitalidad sorprendente: la energía de los desesperados, el vigor de quienes no quieren aceptar que pueden ser derrotados, la confianza indestructible de quienes han visto derrumbarse una y otra vez sus sueños.

Jorge Orlando Melo



ISBN 958-9012-52-3

4. EL JOYERO

Muy temprano, serían las seis y media de la mañana, nos despertó Mauricio. Venía acompañado por el comandante y sus escoltas, cinco muchachos jóvenes, armados y uniformados. Nuestro amigo nos presentó como un grupo de investigadores sociales que tenía interés en conocer la "vida de la mina". El comandante se identificó como Henry, nos tendió la mano mientras se acomodaba el fusil y nos preguntó, como si fuéramos viejos conocidos:

—¿Y qué más?

Tendría unos cincuenta años y era el único que no vestía el uniforme reglamentario. Usaba una camisa rosada con pintas amarillas, un pantalón carmelito y una chaqueta azul eléctrico. En su mano derecha exhibía un anillo enorme, coronado por una piedra roja, y en la izquierda un reloj enchapado en oro. Llevaba el pelo corto y olía a perfume, lo que contrastaba con la imagen que nosotros teníamos de un guerrillero. Comenzó a hablarnos lentamente, en un tono sosegado y un tanto feme-

nino, que nos evocó al sacristán de algún pueblo antioqueño.

Una vez aclarado el motivo de nuestra presencia en Maimache, lo que duró más de una hora, nos invitó a desayunar. La gente nos miraba con el rabo del ojo tratando de adivinar lo que conversábamos y de calibrar la actitud del comandante, quien nos contó que la avioneta de la comisaría que nos había dejado en Macanal se había estrellado al tomar pista en Inírida y que el piloto estaba medio muerto. La sorpresa nuestra fue mayúscula. La sensación de haber compartido con nuestro interlocutor la avioneta accidentada, su imagen optimista y alegre y su interés por nuestro viaje nos sumió en un profundo malestar. Posteriormente nos informarían que el aparato había sido desviado por un vendaval al acercarse a Inírida, hacia las seis de la tarde, hora en que empieza a oscurecer, y que cuando se disponía a tomar pista la energía eléctrica del pueblo se suspendió, el piloto quedó prácticamente a oscuras y se estrelló contra unos árboles. La patrulla que salió en su auxilio duró más de media hora en llegar, porque la avioneta había caído en una zona pantanosa. El piloto perdió una pierna, pero logró salvar la vida al haber tenido la precaución de abandonar la cabina antes de que explotara el tanque del combustible.

El comandante Henry, quien después del desayuno —y como prolongándolo— cambiaba de lugar un palillo de dientes en la boca, pasó a comentarnos los problemas fronterizos con Venezuela y con Brasil. Eran —enfático— problemas diferentes, pero ambos tenían que ver con el abandono del Estado colombiano en la frontera.

—Colombia no tiene ni la voluntad ni los medios para imponer su presencia, lo cual conduce necesariamente a que el vacío sea llenado por las autoridades vecinas. Venezuela toleró el contrabando hacia Colombia durante muchos años porque convenía a sus intereses, pero desde la caída de los precios del petróleo su posición ha cambiado y ha comenzado a perseguirlo con saña y, a decir verdad, con poco éxito. La Guardia Nacional, que es la

única
y las e
distas
comet
han de
una ar
lombia
narco
para r
dia no
biana
ganad
tera.
matut
la voz
aband
tos qu
guerr
viene
tros n
obliga
gente

«C
ne un
diseño
en un
frente

En
el río
zonas
la ayu
en la
trucci
funda
rania
linder
los m
dentro

única autoridad en la frontera, confisca las mercancías y las embarcaciones y detiene y golpea a los contrabandistas y a quienes no lo son. Las arbitrariedades que comete, sin que las autoridades colombianas intervengan, han desatado una creciente hostilidad hacia Venezuela y una animadversión manifiesta con relación al Estado colombiano. Los dos países han acordado luchar contra el narcotráfico y contra la guerrilla y utilizan ese argumento para reprimir a la población civil, pero dado que la Guardia no teme sino a la guerrilla y que la población colombiana no confía en otra fuerza, los insurrectos hemos ganado un notable prestigio como defensores de la frontera. Tanto es así que los comerciantes, para pasar el matute por el caño Guamirza, hacen correr previamente la voz de que la guerrilla anda cerca. Entonces la Guardia abandona la zona y los comerciantes pasan los cargamentos que necesitan. La propia policía simpatiza con la guerrilla en esta causa y, en ciertos casos, ella misma viene a poner las quejas y a pedir que atacemos. Nosotros nos hemos negado a hacerlo, porque esa es una obligación del gobierno, pero si siguen pegándole a la gente vamos a tener que reaccionar.

«Con Brasil la cosa es distinta. El Estado brasileño tiene una política menos agresiva, pero más sólida. Ha diseñado una estrategia de colonización fronteriza basada en un cuerpo especializado, civil y militar, que vigila la frontera y fomenta la gran empresa minera y agropecuaria».

En el mismo tono, el comandante nos comentó que en el río Peguá existen dos grandes firmas: The Gold Amazonas Company y la Panapamena, dos empresas que con la ayuda del Estado han creado una gran infraestructura en la zona fronteriza, infraestructura que incluye la construcción de aeropuertos militares y de carreteras y la fundación de pequeños centros de poblamiento. La soberanía brasileña, según el comandante, ha rebasado los linderos. Nos aseguró que los "braches" habían corrido los mojones por lo menos una legua, para que quedara dentro del territorio brasileño una zona considerada ex-

cepcionalmente rica en oro. Al comienzo, un indígena colombiano conocido como Curipara destruyó los mojones corridos por los brasileños; después, ante el desdén de las autoridades colombianas, las guerrillas habían apoyado la iniciativa del indígena logrando reubicar el mojón, y sólo cuando Ecopetrol comenzó la exploración del área tuvo el gobierno a bien mandar una comisión para definir la ubicación de la línea fronteriza.

—De todas maneras —concluyó—, la posición de Colombia no es muy fuerte. Cualquiera día vuelven a correr la frontera, y por eso también estamos ahí.

Se refirió igualmente a las medidas que las guerrillas han tomado en la zona minera.

—En primer lugar, hemos tenido que prohibir las armas, porque las armas son ley y aquí no puede haber más que una autoridad: la nuestra. Los pleitos y las diferencias entre mineros son la regla general de sus relaciones personales y económicas, y si hay armas a discreción, todo se arregla con muertos, lo que permitiría que los más fuertes dominaran las minas y cometieran todo tipo de abusos contra los más débiles. Prohibiendo las armas, todos son iguales y las diferencias se resuelven pacíficamente.

La segunda medida fue la prohibición del alcohol en el área minera y de la prostitución y el homosexualismo en el pueblo.

—Las prostitutas —nos dijo— son aquí una mercancía más por medio de la cual los comerciantes explotan a los mineros. La gente las llama el último tambre porque en ellas se queda enredado el oro que los mineros han podido ahorrar. Ellos llegan solos, permanecen solos en los trabajadores hasta seis meses, y es lógico que cuando bajan a Maimache lleguen con ganas. Y como se sienten ricos, gastan hasta cien gramos, lo que un hombre ha podido hacer en un mes de trabajo. Eso no es justo. Además, la prostitución crea un ambiente de despilfarro, de irresponsabilidad, de vicio, que perjudica al minero y lo corrompe.

Por eso, a pesar de las protestas de los comerciantes, hemos prohibido la prostitución. El homosexualismo también, porque los mineros son dados a esa degeneración y, además, porque trae el peligro del Sida.

Nos explicó después que la guerrilla estaba empeñada en cambiar a Maimache haciendo una urbanización y dando lotes para que la gente construyera y trajera a su familia a vivir en el pueblo, ya que si los mineros vivían con su señora y sus hijos, se volvían formales, podían ahorrar y salir adelante. El problema que había antes, según él, era que los comerciantes tenían monopolizado el terreno y vendían carísimo para lucrarse por esta vía del crecimiento del casco urbano, por lo cual los mineros se veían obligados a vivir en los cambuches.

Tratamos, sin mucho éxito, de aclarar las relaciones existentes entre los alzados en armas y los comerciantes. El comandante sostuvo todo el tiempo que no cobraba impuestos a los mineros, pero aceptó que a algunos comerciantes solía cobrarles en gasolina o "remesa" de vez en cuando. Naturalmente, nosotros no estábamos en capacidad de profundizar, por esta vía, el tema, y buscamos la manera de concluir la entrevista, al cabo de la cual salimos a la calle y comenzamos a conversar con los más diversos personajes: el propietario de un bar, un minero en bancarota, el socio de una compañía de antioqueños y un insólito joyero.

El propietario del bar Las Delicias No. 2 era un valluno de unos treinta años, delgado, que conocía la zona como la palma de su mano y que tenía una forma de hablar y de moverse marcadamente femenina. Cuando le preguntamos la razón de la numeración del bar nos contó que Las Delicias No. 1 había sido incendiado por unos mineros borrachos cuando él había cancelado el servicio de mujeres.

—Esa medida me perjudicó—nos dijo—, y los muchachos no quisieron reconocerme los daños, a pesar de que fueron ellos los que ordenaron la prohibición de las niñas.

Nos contó también que acababa de regresar de São Gabriel, Brasil, adonde había ido a vender oro porque el precio era allí más elevado y la legislación favorecía el intercambio. Según pudimos deducir, son muchos los compradores que van a vender el oro a São Gabriel, y no sólo porque los precios son relativamente mejores, sino porque evitan la posibilidad de caer en manos de la guardia venezolana al pasar por el Guamirza. En cambio, "en Brasil el oro es siempre respetado y bienvenido, a pesar de la animadversión de las autoridades de ese país hacia los colombianos".

El minero arruinado era un santandereano que antes de llegar a Maimache había vivido en el Guaviare y en el Caquetá trabajando con la coca. A raíz de la operación de Tranquilandia, realizada por el ejército en los llanos del Yarí, huyó primero hacia el Putumayo y después hacia el Guainía. Pudo salvar sólo unos pesos, porque todo su capital estaba representado en mercancía que el ejército y la policía quemaron con el objeto de hacer subir los precios. Llegó a Maimache porque una tarde en Puerto Asís leyó un artículo de El Espectador en el que se decía que en los caños del Guainía se encontraban "cochanos" hasta de trescientos gramos. Ilusionado con la perspectiva, gastó todos sus ahorros en viajar y lo "último que me quedaba me lo bebí cuando llegué, porque aquí dizque el oro se encontraba tirado en los caños". Sin embargo, no era así. "Pura sacar la foto que publicó El Espectador, los comerciantes tuvieron que desocupar sus frascos y juntar sus puchos, pues nadie nunca ha logrado obtener tal cantidad". Pero la noticia se divulgó por todo el país, atrayendo a la Serranía de Naquén a cientos de rebuscadores, desempleados y barequeros.

Después de dos años de minear, se consideraba definitivamente arruinado. Había trabajado solo y en compañía, había recorrido las principales minas, había "pesquisado" en Matapí y "cateado" en Campoalegre, había sido carguero y miembro de la Junta de Mineros, pero el resultado siempre había sido el mismo: unos gramos,

muchas ilusiones y una deuda creciente con los comerciantes. En el momento de la entrevista, su sueño ya no era hacerse rico sino que la suerte lo favoreciera con una "guaca" para pagar lo que debía y regresar al Guaviare, "donde de una u otra forma se vive".

Entrevistamos también a un antioqueño de Amalfi que hacía parte de una compañía compuesta por cinco socios cuyo objetivo era instalar un lavadero en el caño Naquén. De los cinco socios, dos ponían el capital y tres el trabajo, distribuyendo las ganancias por partes iguales. El equipo había llegado con dos bongos repletos de mercancía, herramientas, bombas de agua y combustible, como para iniciar una explotación en gran escala. No tenían reservas sobre la productividad de las minas, puesto que previamente habían hecho un reconocimiento técnico, y afirmaban que el oro de aluvión se había acabado y había llegado la hora de las vetas. Pensaban, además, que dada la crisis de los mineros, no tendrían obstáculo para reclutar mano de obra barata y especializada.

Por último tuvimos la oportunidad de conocer a un joyero cuya insólita historia, mitad grabada en Maimache y mitad grabada en Bogotá, un mes después, queremos transcribir en su totalidad.

El joyero

1

La víspera del viaje me volvió a llamar don Arturo. Me dijo que la producción de oro en el Guainía era excelente, que las minas estaban botando más que nunca, que los mineros bajaban cargados de metal y que la actividad económica se encontraba en su máximo apogeo. Recuerdo el término que usó: apogeo. Añadió que los precios de